



Página inicial: 46 Página final: 62

Tipo de artículo: Reflexión

CLERO Y LEALTADES POLÍTICAS EN LA INDEPENDENCIA: EL CASO DE SALVADOR JIMÉNEZ DE ENCISO, OBISPO DE POPAYÁN¹

Recibido: julio 18 de 2016/ Revisado: noviembre 28 de 2016/Aceptado: abril 19 de 2017

Por: Roger Pita Pico²

Para citar este artículo/To reference this article/Para citar este artigo

Pita, R. (enero-junio, 2017). Clero y lealtades políticas en la independencia: el caso de Salvador Jiménez de Enciso, obispo de Popayán. *Revista Investigium IRE: Ciencias Sociales y Humanas*, VIII (1), 46-62. Doi: 10.15658/INVESTIGIUMIRE.170801.04

RESUMEN

El artículo tiene por objeto analizar el proceso de conversión ideológica del Obispo de Popayán don Salvador Jiménez de Enciso durante el periodo de independencia de la Nueva Granada. Este paso de furibundo defensor de la causa monárquica a ser un promotor de la bandera republicana será examinado a través de tres facetas específicas: en su apoyo a las campañas militares, en el fomento a la educación y en su protagonismo en las celebraciones políticas. Para el análisis se recurrió al método de la prosopografía histórica. De este estudio se deduce que el prelado era un hombre de férreas convicciones que, bajo una postura pragmática, supo examinar cada coyuntura y adaptarse a las circunstancias, manteniéndose como protagonista en esta crucial etapa de transición en la historia de Colombia. Fue clave, además, su función de componedor y conciliador, con lo cual se evitó más efusión de sangre en la lucha independentista que llevaba más de una década de acciones ininterrumpidas.

Palabras clave: causa monárquica, clero, independencia, lealtades políticas, patriotas, siglo XIX.

¹ El artículo es producto de la investigación titulada: Aventuras y desventuras del estamento eclesiástico en el proceso de Independencia de Colombia. Academia Colombiana de Historia. Bogotá-Cundinamarca-Colombia.

² Magíster en Estudios Políticos de la Pontificia, Universidad Javeriana. Especialista en Política Social, Pontificia Universidad Javeriana. Politólogo con Opción en Historia, Universidad de los Andes. Director de la Biblioteca "Eduardo Santos" de la Academia Colombiana de Historia. Correo electrónico: coordinador.biblioteca@academiahistoria.org.co; rogpitc@hotmail.com



CLERGY AND POLITICAL LOYALTIES IN THE INDEPENDENCE: THE CASE OF SALVADOR JIMENEZ DE ENCISO, BISHOP OF POPAYÁN

ABSTRACT

The article aims to analyze the process of ideological conversion of the Bishop of Popayán, don Salvador Jiménez de Enciso during the period of the independence of the New Granada. This step of furious defender of the monarchical cause to be a promoter of the Republican flag will be examined through three specific facets: in his support of the military campaigns, the promotion of education and his role in political celebrations. For the analysis we used the method of the historical Prosopography. This study suggests that the prelate was a man of railway conviction that, under a pragmatic stance, was able to examine each situation and adapt to circumstances, staying as a protagonist in this crucial stage of transition in the history of Colombia. It was also key, his role as mediator and conciliator, which prevented more bloodshed in the independence fight that took more than one decade of uninterrupted action.

Keywords: monarchist cause, clergy, independence, political loyalties, patriots, 19th century.

CLERO E LEALDADES POLÍTICAS NA INDEPENDÊNCIA: O CASO DE SALVADOR JIMÉNEZ DE ENCISO, BISPO DE POPAYÁN

RESUMO

O artigo tem como objetivo analisar o processo de conversão ideológica do Bispo de Popayán D. Salvador Jiménez de Enciso durante o período de independência da Nova Granada. Ele passou do defensor radical da causa monárquica a ser um patrocinador da bandeira republicana. Será examinado através de três aspectos específicos: o seu apoio às campanhas militares, na promoção da educação e seu protagonismo em eventos políticos. Para a análise utilizou-se o método da prosopografia histórica. De este estudo deduziu-se que o prelado era um homem de fortes convicções que, sob uma postura pragmática, sabia analisar cada situação e se adaptar às circunstâncias, mantendo-se em destaque nessa fase crucial de transição na história da Colômbia. Foi fundamental, também, a sua função de reparador e conciliador, com o qual foi evitado mais derramamento de sangue na luta pela independência que levava mais de uma década de ações ininterruptas.

Palavras-chave: causa monarquista, clero, independência, lealdades políticas, patriotas, século XIX.



INTRODUCCIÓN

Desde tiempos coloniales, la Iglesia Católica ocupaba un lugar preponderante en la sociedad de la América hispánica. Ampliamente reconocido era su poder económico, su fortaleza institucional, influencia moral, aceptación social y su presencia en los rincones más apartados (González, 1985, pp. 17-18).

Durante el proceso de independencia de la Nueva Granada, el estamento eclesiástico pudo demostrar los verdaderos alcances de su capacidad de influencia en la esfera de lo político. Tanto el clero secular como el regular asumieron un papel muy activo durante la polarización vivida en estos años (Biblioteca Nacional de Colombia, Fondo Quijano, tomo 317, pieza 11). Su influencia no se hizo evidente únicamente en los sermones sino que comprendió una amplia gama de facetas, ya fuera como miembros de las juntas de gobierno y colegios electorales, en la difusión de papeles políticos en los púlpitos, en las recolectas entre el vecindario, en el apoyo logístico suministrado a cada uno de los bandos, en el auxilio espiritual en medio del combate, en la publicación de novenas con dedicatoria política o, incluso, usando vestimenta militar y blandiendo una arma en sus manos.

Desde luego, el ambiente de tensión y sectarismo permeó, como nunca antes, al estamento eclesiástico, registrándose en su interior fuertes divisiones políticas e ideológicas. Así, se pudieron percibir ciertas tendencias, como fue el caso de la adhesión clerical en las provincias de Popayán y Pasto a favor de las banderas del Rey. En términos generales, no se puede hablar de una posición homogénea sino que es necesario establecer matices a nivel local y considerar la existencia de divergencias de criterio al interior de un convento o entre una parroquia u otra.

En este sentido, muchos religiosos fueron perseguidos por sus inclinaciones políticas en tanto que las instalaciones y propiedades de los conventos e iglesias padecieron graves perjuicios por cuenta del intenso conflicto político y militar.

En el marco del Bicentenario de la Independencia, y recurriendo al método de la prosopografía histó-

rica³, este artículo pretende, como meta, analizar el proceso de conversión ideológica del Obispo de Popayán, don Salvador Jiménez de Enciso, durante el proceso de independencia. Este paso de furibundo defensor de la causa monárquica a ser un promotor de la bandera republicana, es examinado a través de tres facetas específicas: en su apoyo a las campañas militares, en el fomento a la educación y en su protagonismo en las celebraciones políticas.

El tema de las fidelidades políticas del clero en tiempos de la independencia, ha sido tratado en numerosos trabajos. Los primeros corresponden a las descripciones de cronistas de la época, como los de José María Caballero o los de José Manuel Restrepo o de estudiosos posteriores como José Manuel Groot, los cuales se ubican dentro de la escuela tradicional de registro de datos, hechos y héroes con algunas alusiones anecdóticas. Desde mediados del siglo XX, con la profesionalización de la historia como disciplina, emergieron una serie de investigaciones con mayor rigor científico con base en hipótesis de trabajo y sustentadas en la revisión de nuevas fuentes documentales. Pueden mencionarse los trabajos de Roberto María Tisnés y, más recientemente, de Javier Ocampo López, William Elvis Plata (2009, pp. 282-313) y Hermes Tovar Pinzón (1983, pp. 87-232). Como complemento, resultó pertinente también la revisión de obras que sirvieron de contexto, como fue el caso del trabajo del Padre Fernán González, sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

En cuanto a la prosopografía histórica, este es un método alusivo al estudio biográfico de una persona en su vida pública, con el propósito de trazar algunos rasgos característicos del grupo o rango social del cual hacía parte. Para el caso específico que trata el artículo, la pretensión es ver a través de las acciones y conducta política del obispo Jiménez de Enciso, el juego de poder y las diversas facetas del estamento eclesiástico en el marco del proceso de independencia. La investigación se realizó a partir de la consulta y análisis de fuentes documentales

³ Varios trabajos se han encargado de rescatar la imagen de curas célebres como Andrés María Rosillo y Meruelos. Un referente reciente en tiempos del bicentenario, es la obra del historiador Javier Ocampo López (2010).



de archivo y fuentes primeras impresas, tales como: cartas, sermones, informes oficiales, memorias, crónicas y prensa de la época, complementando con fuentes secundarias.

Vale aclarar, que el panorama político y militar vivido en la provincia de Popayán durante la época de estudio, fue bastante conflictivo. Entonces las luchas habían sido más cruentas y prolongadas que en el resto de la Nueva Granada. Después del triunfo obtenido en agosto de 1819 en la batalla de Boyacá, los patriotas encontraron en el sur de la Nueva Granada, serios tropiezos dentro de los planes para extender su proyecto político, en donde se encontraban figuras como el obispo Jiménez de Enciso, para evitar a toda costa el ocaso de la monarquía. El escaso apoyo de los sectores populares, la fuerte influencia política de la Iglesia a favor del sistema monárquico y la presencia de fuerzas irregulares enemigas son factores que ayudan a explicar la poca efectividad y alcance del movimiento emancipador en esta región. La zona del Valle del Cauca fue la primera en ser recuperada; pero Popayán y Pasto se mostraron bastante esquivas a las intenciones de los republicanos.

Salvador Jiménez de Enciso nació el 26 de noviembre de 1765 en la ciudad de Málaga, España. A sus 20 años viajó a Montevideo, allí se ordenó como sacerdote y luego pasó a la provincia de Charcas⁴ a desempeñar su labor pastoral. Luego regresó a su ciudad natal en donde ejerció como canónigo y luego como vicario. En 1815 fue designado como obispo de Popayán, diócesis que se hallaba vacante desde 1809 tras el fallecimiento del obispo Ángel Velarde y Bustamante. No obstante, por la convulsión misma que aún se vivía en España, su partida del puerto de Cádiz se dilató un año mientras se disponía de una embarcación segura que atravesara el océano Atlántico.

Desde los inicios de su labor pastoral, el eclesiástico se caracterizó por ser uno de los más acérrimos defensores del Rey Fernando VII. Su fidelidad ya había sido puesta a prueba años atrás en su natal Málaga,

cuando actuó en contra de los invasores franceses (Tisnés, 1971, p. 133).

Según relata el cronista José María Caballero (1946), el electo obispo arribó a Santa Fe en la tarde del 18 de marzo de 1818, miércoles santo:

Y repicaron [campanas] en todas las iglesias. Cosa particular que se repicase andando la procesión de semana santa. Era mozo y muy vivo en todo lo que hacía. Al otro día, jueves santo, pontificó y consagró óleos y siguió haciendo los oficios de viernes y sábado; y el viernes santo hizo las agonías en La Candelaria; el martes de pascua predicó en la catedral y siguió haciendo órdenes y confirmaciones sin cesar. Determinó estarse aquí tres meses. (p. 261)

En el discurso que envió desde esta capital a su feligresado en momentos previos a asumir la dignidad diocesana, lanzó serias recriminaciones por las manifestaciones emancipatorias e insurgentes vividas durante el periodo de la Primera República Federativa, y, al mismo tiempo, hizo un llamado a la unidad política y a mantener la fidelidad al Rey Fernando VII:

No podemos dejar de confesar, cuán temible nos es el empezar la carrera de nuestro apostolado, a vista del triste cuadro que se presenta a nuestra imaginación acerca de la triste situación, tanto religiosa como política, en que recelamos hallar nuestra diócesis. Porque, ¿qué de males y desgracias no han sobrevenido sobre vosotros a causa de los acontecimientos pasados en unos días de luto y de amargura que sería mejor que nunca hubieran sido computados en el número de los años? Para conocer estos males, reflexionad un poco acerca del estado feliz y de prosperidad en que os hallabais bajo la sumisión y obediencia del más pacífico y piadoso de todos los Monarcas... pero ¿cuál es al presente al que os han conducido las sugerencias de los malvados que con sus falacias y lisonjeras ideas de mejorar vuestra suerte, extrajeron a muchos inadvertidos de la docilidad en que estaban bajo la protección de un Rey que jamás se olvidó de vuestro bienestar (1818, pp. 5-6).

⁴ Hoy territorio de Bolivia.



El 2 de agosto de 1818 entró a Popayán. Tanto el cabildo secular como el cabildo eclesiástico de la ciudad no escatimaron esfuerzos para recibir a tan ilustre personaje. De manera especial, el homenajeado recuerda las atenciones recibidas a su paso por la población de Puracé -con desfiles, discursos, banquetes, ceremonias religiosas, cánticos, poesías, toros y otras diversiones populares (Tisnés, 1972, p. 170).

En las filas del Rey

Las actuaciones del obispo Jiménez de Enciso a un año de haber llegado a la diócesis de Popayán, pusieron de presente su arraigada devoción a la causa del Rey, como reacción a los triunfos patriotas sobrevenidos después de la batalla de Boyacá del 7 de agosto de 1819. Él fue pieza clave en el gran apoyo obtenido por los realistas en estas provincias del sur, en donde al principio se mantuvo la convicción de que la invasión patriota a Santa Fe era sólo pasajera y que los oficiales españoles recuperarían fácilmente esa capital y ahogarían las pretensiones del "traidor" Simón Bolívar. "Temed al Rey y honrad a Dios" (Valencia, 2009, p. 73) fue la consigna que el prelado inculcó con fervor a sus subalternos y a la feligresía payanesa.

Sin embargo, la presión del ejército libertador obligó a las autoridades políticas y al obispo a abandonar la ciudad de Popayán para dirigirse luego a Pasto, ciudad que se había mantenido firme al sistema monárquico. Estando allí, el prelado lanzó a sus diocesanos una extensa pastoral de 188 páginas: "para manifestarles la obcecación y extravíos de los partidarios de la rebelión, precaverlos de sus perversas doctrinas y exhortarlos a la fidelidad, amor y obediencia debida a nuestro legítimo Soberano el Señor D. Fernando VII" (1820, p. 1). Esta enérgica proclama fue impresa al año siguiente en la ciudad de Lima y repartida en todos los rincones de la provincia.

Hacia el mes de enero del año siguiente, el coronel Sebastián de la Calzada, al mando de 3.000 hombres de la 3ª división del ejército realista, logró recuperar la ciudad de Popayán y vencer a los 800 soldados patriotas, tomando a la mayor parte de ellos como prisioneros (Ortiz, 1964, pp. 115-214). Fue decisivo

el poder de Jiménez de Enciso sobre los curas de la provincia para neutralizar cualquier conato conspirativo. Lideró la recaudación de auxilios y coordinó al lado de los jefes militares la movilización de tropas. Desde luego, todos estos comportamientos le valieron el reconocimiento del virrey Juan Sámano y del presidente de Quito don Melchor Aymerich.

Dentro de los donativos a favor del ejército comandado por Calzada, suministrados por este prelado a principios de 1820, figuraba un negro evaluado en 250 pesos, que fue entregado para que se enrolara en la primera columna de dicha división. En septiembre de ese mismo año, empezaron a sentirse con mayor frecuencia los lamentos ante la falta de víveres y pertrechos para las tropas que defendían a Popayán. Jiménez de Enciso no desfalleció en su intento de colaboración y fue así como logró conseguir de las rentas eclesiásticas y de donativos particulares un total de 20 cargas de harina, 10 cargas de maíz y otras limosnas que fueron remitidas desde la aliada ciudad de Pasto. No contento con estas gestiones, el prelado puso en venta a dos de sus negros a trueque de harinas, expresando de antemano su compromiso de comercializar hasta la última de sus alhajas con tal de paliar la escasez experimentada por las fuerzas que estoicamente resistían los ataques del ímpetu revolucionario proveniente del Valle del Cauca (Ortiz, 1964, p. 217).

El proceso de conversión

Durante la independencia era clave que los religiosos diesen muestras incontestables de afecto a la causa política ya que, casi siempre, quedaban al descubierto varios adictos al bando opuesto. Otros religiosos debieron actuar bajo el efecto de las presiones políticas e incluso de las amenazas. Lo cierto es que la actitud y postura ideológica de los miembros de este estamento, siempre fue vigilada por los altos mandos civiles y militares. Si se descubrían contrarios a las ideas políticas oficiales, se les formulaban cargos, eran confinados a prisión y se secuestraban sus bienes o, en el peor de los casos, eran llevados al patíbulo.

Dada la intermitencia de los gobiernos, en ocasiones quedaban en evidencia los cambios o



reacomodamientos repentinos de bando de acuerdo a los intereses personales o a las expectativas que ofrecía cada coyuntura. El pánico ante eventuales represalias o venganzas, el miedo ante la amenaza de perder privilegios ya alcanzados o el impulso natural de aventurarse a buscar mejores condiciones sociales y económicas fueron algunas de las justificaciones que pudieron explicar esas súbitas mutaciones en las lealtades políticas.

El caso del obispo Jiménez de Enciso es quizás el más ilustrativo de este tipo de conversiones, no solamente por su nivel jerárquico sino por el escenario en el cual se desarrolló ese proceso: la provincia de Popayán, la cual había esta signada por una álgida confrontación entre las fuerzas independientes y realistas con una intensa intermitencia de estos dos bandos en el poder.

Ante la toma de la ciudad de Popayán por parte del coronel Calzada, el prelado intentó compeler a sus feligreses payaneses a emigrar para que los patriotas no hallaran ningún recurso; para ello dictó excomunión contra todo aquel insurgente *hereje* que aguardase a las tropas republicanas o les suministrara algún tipo de auxilio. De igual modo, decidió suspender del ejercicio ministerial a todos aquellos eclesiásticos que no acatasen este mandato. Mandó cerrar la iglesia catedral e hizo un llamado a desconocer la autoridad arzobispal. Se le sindicó además de haber despreciado con insolencia la invitación del gobierno republicano para que se declarara amigo de la causa de la independencia.

Tan pronto se enteró de estas actuaciones, el Vicepresidente Francisco de Paula Santander envió una carta en la cual cuestionaba el proceder del obispo en los siguientes términos:

He tenido la noticia sensible de que V. S. I. abandonando su grey ha fugado de Popayán y marchado a Pasto. Aunque V. S. I. por su nacimiento debe su afecto al sistema español, por su ministerio solo debe ocuparse de instruir a los pueblos en la religión y verdades reveladas. Las opiniones políticas son ajenas de V. S. I. que siguiendo el ejemplo de San Pablo y su doctrina debe obedecer a las potestades, cualesquiera que sean. El apóstol no exceptúa reyes ni repúblicas,

y en sus excursiones evangélicas reconoció de igual modo a los gobiernos dependientes de Roma que a los que habían sacudido el yugo de su dominación [...] A V. S. I. no le es excusable el abandono de su grey por temores vagos y sin fundamento, y en el juicio que haga a V. S. I. el Pastor eterno debe dar cuenta de su fuga (Gazeta de Santafé de Bogotá, noviembre 21 de 1819, p. 71).

El 11 de enero de 1820 se decidió declarar vacante el obispado de Popayán, mientras que los habitantes de esta ciudad solicitaron formalmente al gobierno central y a las altas jerarquías católicas, declarar nulas las censuras impuestas por Jiménez de Enciso, por haber abusado de sus facultades divinas para ponerlas al servicio de una causa política. Los superiores eclesiásticos convocaron a una junta de canonistas y teólogos para tratar el caso, y resolvieron declarar aquellas excomuniones como injustas e inválidas. En una actitud desafiante, el cuestionado obispo criticó la decisión del Provisor gobernador del arzobispado, a quien calificó como "separado del rebaño de Jesucristo; indigno del sacerdocio y anatematizado por la Iglesia" (Groot, 1870, p. 43); al considerar además que carecía de jurisdicción para dirigirse a su grey payanesa. Debíó intervenir en este caso, José Ignacio Sanmiguel, un afamado teólogo y canonista, quien intentó hacer reflexionar al obstinado obispo.

El armisticio firmado el 26 de noviembre de 1820 entre el general Simón Bolívar y el general español Pablo Morillo en la población venezolana de Trujillo, sentó las pautas para regularizar la guerra. A los pocos días, el 2 de febrero de 1821, tuvo lugar la batalla de Genoy, en la que los patriotas sufrieron una contundente derrota que radicalizó aún más a los pastusos defensores de la monarquía. El prelado había alentado a los soldados realistas para que marcharan contra los insurgentes, de quienes dijo lo siguiente: "Son herejes y cismáticos detestables, los que pretenden la independencia de la España; así, los que defienden la causa del Rey combaten por la religión, y si murieren vuelan en derechura al cielo" (Restrepo, 2009, p. 86).

Los intentos por aplicar el armisticio a nivel provincial habían exasperado los ánimos en Pasto y en



el valle del Patía; por ello, Jiménez de Enciso hizo una exhortación al pueblo para que confiara en los términos del acuerdo. El general republicano Antonio José de Sucre, a través de una carta firmada el 15 de febrero de 1821, recurrió también a los buenos oficios del obispo para avanzar en el cumplimiento de lo pactado. Sucre fue consciente de que aquel jerarca de la Iglesia era una fuerte influencia en su feligresado.

Pues bien, el armisticio no duró más de dos meses y pronto se reanudaron las hostilidades. El 7 de abril, fueron las huestes republicanas las que cantaron victoria en el combate de Bomboná, lugar a un costado del volcán Galeras, a pocas leguas de la ciudad de Pasto; con lo cual los realistas vieron truncadas sus intenciones de apoyo militar a las tropas en Quito. Aunque el prelado lanzó una angustiante proclama el 26 de abril para levantar los ánimos de los monarquistas "para conseguir la total destrucción del enemigo" (Ortiz, 1958, p. 390), el 24 de mayo nuevamente los patriotas imponen su superioridad militar en la batalla de Pichincha, cerca de la ciudad de Quito.

De esta manera, alentado por las recientes victorias militares, el libertador Simón Bolívar intenta, el 31 de enero de 1822, un acercamiento con sus adversarios bajo el convencimiento de que sería una eficaz estrategia llamar a la conciliación antes que pensar en debilitar militarmente al enemigo político. La parte introductoria del oficio enviado por Bolívar al prelado -al que adjunta dos proclamas y la Constitución de la República promulgada hacía poco-, decía lo siguiente: "Jamás había pensado dirigirme a V. Ilma, pues estaba persuadido de que mi decoro sería ofendido por la respuesta que hubiera recibido; pero todo ha cambiado, y V. Ilma misma debe haber cambiado" (Lecuna, 1965, pp. 191-192). En seguida, hábilmente el Libertador le hace ver los hechos contundentes ocurridos en España y la hostilidad que en esos momentos se vivía contra el clero y, por otro lado, hace énfasis en cómo los obispos de Maracaibo, Santa Marta, Panamá y, especialmente el de Lima, que era considerado como el más radical, habían dado señales convincentes de sometimiento a los principios republicanos. En el momento esta carta no fue contestada, pero arrojaría sus frutos en el corto plazo.

Así mismo, Bolívar informa al prelado su interés de entablar negociaciones con miras a firmar capitulaciones con el cabildo y con el jefe militar español, don Basilio García. A pesar de haber sido aceptado por parte de los dirigentes españoles este acuerdo, el pueblo pastuso expresó masivamente su protesta por considerar que era una traición. Ante esta circunstancia, se buscó la intermediación del obispo para que los persuadiera de las ventajas de abandonar la causa del Rey para seguir el proyecto independentista. El mediador supo cumplir con decoro y dedicación su misión.

El prelado, persuadido ya de la nueva coyuntura externa, prefería permanecer en América a ser testigo de la borrasca política que vivía su tierra natal, ante lo cual era más optimista con una pronta solución a la problemática provincial. En esta ocasión, asumió una postura más moderada si se compara con su actitud radical adoptada años atrás en la ciudad de Popayán. Estos fueron los términos conciliadores que empleó para impedir una inminente confrontación de fatales consecuencias para la ciudad:

Confiado en la bondad y generosidad de V. E. y para aquietar algunos mozos indóciles de este pueblo, que sin conocer sus verdaderos intereses pudieran perturbar la paz pública, atrayendo sobre sus conciudadanos pacíficos todos los horrores de la guerra, he permanecido en esta ciudad sin querer tomar ningún otro partido, lisonjeándome de que V. E. no dejará de dispensarme la protección que tiene ofrecida. He sido inalterable en mis principios de fidelidad para con la nación de quien dependo, y este carácter honrado y consecuente, creo me debe hacer más recomendable ante los ojos de un verdadero guerrero y pacífico conquistador, como lo es V. E. (Groot, 1870, p. 179).

En el acuerdo firmado en Berruecos el 6 de junio del año mencionado, el gobierno republicano se comprometió a tratar al obispo y demás eclesiásticos, con las mismas prerrogativas y garantías que a los demás vecinos de Pasto. Entonces, Jiménez de Enciso envió a su provisor, José María Grueso, y a su secretario, Félix Liñán y Haro, para que ofrecieran respetos a Bolívar y acordaran su llegada a Pasto. A las 5 de la tarde del 8 de junio, el Libertador hizo



su arribo a esta ciudad; fue recibido por el obispo y saludado por los regidores y demás autoridades civiles en medio de una gran tensión popular (Ortiz, 1958, p. 445). La actitud conciliadora del obispo, le trajo una recia oposición de varios pastusos que, incluso, intentaron atentar contra su vida.

Sin embargo, por haber contribuido el obispo a persuadir a los pastusos para que admitiesen las capitulaciones firmadas en Berruecos, y en razón a la importancia de este hecho para el éxito de la campaña del Sur, Bolívar decidió que el eclesiástico retornara a su labor pastoral como obispo de Popayán para no dejar abandonadas espiritualmente a sus ovejas (Archivo General de la Nación, Fondo Libros manuscritos y leyes originales de Colombia, tomo 6, f. 12v). La invitación fue acogida por el prelado y así lo dejó consignado en la carta que le dirigiera al máximo líder patriota el 10 de junio:

Me convencen las poderosas razones que V. E. tiene a bien manifestarme, para que sacrificando mis deseos de retirarme a España, prefiera los intereses de la religión a cuanto yo pudiera apetecer. Por estas razones me someto en todo a la voluntad de V. E., y estoy pronto a permanecer en el territorio de la república, prestándole la más sumisa obediencia, por tal de cooperar en cuanto mis fuerzas alcancen a que prospere en estos países el tesoro inestimable de la religión de Jesucristo (Tisnés, 1972, p. 185).

Gracias a la ayuda de 500 pesos entregados por Bolívar, el obispo emprendió su retorno a la ciudad sede de su episcopado; llegó el 2 de julio en medio de reverencias y muestras de cariño de su clero y de sus feligreses. En un oficio remitido desde Popayán al Vicepresidente Santander el 4 de julio, se pueden advertir, en el jerarca de la Iglesia, algunas señales ciertas del interés en un cambio definitivo de bando a través de un serio examen de autocrítica:

He sido constante en defender los derechos de mi nación hasta el término que señaló la Divina Providencia, pero al mismo tiempo cuando comprendí que si contribuía yo a una infructuosa y criminal resistencia podría echar un borrón a mi honrado proceder, me glorío el haber sido yo también el que puse término a las disensiones de Pasto haciéndole

conocer a aquellos habitantes, sobre cuyos sentimientos tenía la mayor influencia, la obligación en que estaban de admitir la honrosa y generosa capitulación que nos ofreció la bondad sin límites del Excmo. señor presidente Libertador, evitando por este medio la infructuosa efusión de sangre de que hubiera sido responsable ante Dios y los hombre (Cortázar, 1969, p. 400).

Bolívar compartió con Santander su satisfacción por el exitoso acercamiento logrado con el obispo, refiriéndose a él con palabras elogiosas, calificándolo como un *hombre locuaz, de mucho talento, entusiasta y muy útil* en aquella coyuntura, pues se pensaba que podía predicar con el mismo apasionamiento con que lo había hecho cuando defendió a Fernando VII. Por ello, Bolívar creyó necesario que el obispo realizara una visita espiritual a Bogotá para "que vieses esos pueblos un obispo en tiempos de la República" (Cartas Santander-Bolívar, 1988, pp. 228-229).

Entonces, Santander coincidió en apoyar la continuidad de Jiménez de Enciso al frente de su labor eclesiástica, para lo cual lo invitó a escribir una pastoral dirigida a su feligresía que diera constancia de su nueva convicción política. Semanas más tarde, el prelado agradeció a Santander por su acogida y le reiteró su irrestricta intención de servir al naciente régimen, de la siguiente manera:

Puede V. E. vivir seguro de que seré un obispo perfectamente colombiano, decidido a sostener la unión y la prosperidad de la República a que ya pertenezco, y que promoveré con el mayor gusto todo cuanto me parezca útil y conveniente para llenar tan sagrados objetos (Cortázar, 1969, p. 401).

De aquí en adelante, el prelado y el vicepresidente mantuvieron una activa comunicación epistolar, en la cual aquel siempre se esmeró por ser franco y sincero, comunicándole cuidadosamente sus actuaciones y viajes al interior de la provincia.

De esta forma se dio el proceso de conversión del obispo, quien al mismo tiempo adelantó una labor intensa de persuasión para convertir a sus más cercanos seguidores. Por ello, intercedió ante el Vicepresidente Santander para que se ratificara



como provisor a su amigo José María Grueso y para que se nombrase en Antioquia a Lucio Villa.

Asimismo, el prelado se adelantó a recomponer sus relaciones con los clérigos de su jurisdicción, notando que sólo dos o tres se habían mostrado renuentes. Así, por ejemplo, en 1822 instó a los curas de Pasto, Timbío, Trapiche y valle del Patía para que mantuviesen el orden en sus pueblos ante los coletazos de algunas fuerzas realistas que aún operaban en estas zonas. Centró su interés en las operaciones militares coordinadas por el intendente José Concha, y a él lo mantenía al tanto de los reportes de orden público suministrados por los curas. Sentó su posición de crítica y distancia con sus antiguos aliados políticos como el comandante español Sebastián de la Calzada.

Por decreto del 2 de septiembre de 1822, Santander revocó la declaración de vacancia de la diócesis y ratificó a Jiménez de Enciso en la silla diocesana, siempre y cuando cumpliera con el requisito de prestar juramento. A los veinte días, él acudió a la sala capitular de Popayán, y en presencia del ayuntamiento, funcionarios, autoridades militares e integrantes del clero, procedió a pronunciar un enérgico y elocuente discurso, en el que reiteró su satisfacción de estar al frente de un pueblo que había alcanzado heroicamente su independencia. Luego elevó el respectivo juramento ante el cura vicario, y, enseguida, pasaron a la Iglesia catedral, donde se celebró una misa de acción de gracias (García, 1961, pp. 281-282).

Para noviembre ya había terminado su proclama pastoral, para cuya impresión consiguió el apoyo de un vecino pudiente. Santander también le impuso la tarea de nombrar clérigos de clara orientación patriótica en los mejores curatos y, así, confirmó haber procedido con José Ramón Castro, cura de Jurmanguí, quien después de poner de presente sus servicios a la República, fue destinado al curato de Citará, que era el que producía mayores rentas en todo el obispado (Archivo de Santander, 1916, p. 341).

En septiembre de 1823, Jiménez de Enciso se mostró preocupado por la reincidencia de las fac-

ciones realistas en Pasto y, por otro lado, expresó su gran complacencia con el triunfo republicano obtenido en la batalla naval del lago de Maracaibo. Respecto a aquella primera problemática, en un intento por apaciguar los ánimos, el prelado decidió viajar a Calucé -entre las poblaciones del Tambo y Timbío-, en compañía de sus principales asesores, con el ánimo de persuadir personalmente a los levantiscos patianos. Al final desistió de esta misión por cuestiones de seguridad, pero envió a dos delegados, quienes fracasaron en el intento por calmar los ánimos; ante esto el prelado consideró que no quedaba más alternativa que neutralizarlos por la vía de las armas, pues eran grupos desprovistos de ideal político y dedicados más que todo al saqueo y a los abusos a las poblaciones (Cortázar, 1969, pp. 424-425).

Esta serie de actuaciones resultó prueba irrefutable de la obediencia a las leyes y autoridades republicanas por parte del prelado. Aunque él mismo reconoció que era muy respetado y apreciado en su diócesis, igual consideraba que había algunos opositores a su administración episcopal; pero, aun así, creía que esto no lograba amilanar su esfuerzo por servir a la República.

Vale mencionar además, la importante gestión adelantada por Jiménez de Enciso, así como también por el obispo de Mérida, don Rafael Lasso de la Vega, para la iniciación de las relaciones de Colombia con la Santa Sede.

El impulso al progreso y a la educación

En la coyuntura del proceso de emancipación nacional, era crucial buscar fórmulas tendientes a recuperar la economía después de los estragos causados por la guerra en las provincias del sur por efectos de los combates, los saqueos, los embargos, las contribuciones forzosas y la suspensión de las actividades productivas. Jiménez de Enciso era consciente de este imperativo y, por ello, no dudó para contribuir a ese propósito de reactivación. Muestra de ello fue su decisión de enviar al Vicepresidente Santander, a principios de 1823, una ruana que le habían regalado en el pueblo de Cotache, cerca de Quito, para que la luciera en una tarde de toros en



Bogotá, e igual la mostrara a los ingleses para que se percataran de los tejidos de los indios, de la misma calidad que los de Europa (Archivo de Santander, 1916, p. 316).

De todas las contribuciones de este obispo al progreso regional, mención especial merece su apoyo a la educación. Tan pronto se posesionó en su cargo, aunó esfuerzos con miras a realizar algunas reparaciones en el Colegio Seminario; fue así como en septiembre de 1818 reabrió esta institución aprovechando un receso en medio de los fragores de la guerra. Adicionalmente, dictó nuevas constituciones que puso a estudio de los prebendados (Martínez, 1974, p. 205). Por esos días hizo reimprimir, en Popayán, un catecismo de marcado raigambre realista para que fuese repartido en las escuelas de la provincia, escrito por el arzobispo de Charcas, fray Antonio José de San Alberto, uno de sus más apasionados referentes políticos (Tisnés, 1972, p. 170).

Esa firme intención de procurar una mejora en la formación educativa de los jóvenes, no se dispó tras su radical cambio de bando operado en 1822. Bajo este contexto, el objetivo trazado por el Vicepresidente Santander, era fomentar la fundación de escuelas lancasterianas⁵ y colegios públicos con miras a consolidar el progreso nacional, asegurar la independencia alcanzada y formar ciudadanos con capacidad de regir los destinos de una patria libre y soberana.

A principios de 1823, el Padre Sebastián Mora Berbeo adelantaba preparativos para la instalación de la Escuela Normal de la ciudad de Popayán, en donde se impartía instrucción a 20 monitores, al tiempo que se realizaban algunas adecuaciones físicas a la capilla del Colegio Seminario, la cual había sido cedida por el obispo Jiménez de Enciso para tales efectos. De antemano, el padre franciscano expresó su deseo relacionado con el envío de algunos niños por parte de los párrocos de los cantones cercanos, para que se formaran como monitores, y, así, poder

⁵ El método lancasteriano, conocido también con el nombre de método de mutua instrucción, consistía en que un solo maestro pudiera dirigir a un gran número de alumnos, contando con la colaboración directa de los estudiantes más aventajados en calidad de monitores.

replicar el sistema lancasteriano en otros pueblos del Departamento (Gaceta de Colombia, 1823, p. 1).

Particularmente, los integrantes del clero habían sido generosos en la fundación de las escuelas de primeras letras y en absoluto fueron apáticos frente al desafío de fortalecer los colegios públicos durante la República (Pita, 2015, p. 194).

Para el caso del antiguo Colegio Seminario de Popayán, se vivió un proceso de transición, y tras el fin de la guerra en la región del sur, se reanudaron las actividades académicas bajo el impulso del gobierno republicano, con miras a convertir este plantel en una institución de carácter público. Desde 1816 el plantel había servido alternadamente como cuartel militar de los realistas y de los patriotas, conforme al vaivén azaroso de los triunfos militares. A finales de 1822, la Institución abrió nuevamente sus puertas gracias a la gestión adelantada por el Vicepresidente Santander y el intendente José Concha. Como rector interino fue nombrado el eclesiástico José María Grueso, quien contaba con el incansable apoyo del obispo Jiménez de Enciso (Cortázar, 1969, p. 425).

Sin embargo, cabe precisar que este proceso de reapertura del Colegio no estuvo exento de debate, por cuanto el pueblo payanés se mostró solidario con los frailes de la ciudad ante la decisión del Gobierno central de convertir a cinco de los seis conventos en cuarteles militares y de aplicar recursos de estos extintos claustros para el fomento de la educación pública, llegándose incluso a temer que pudiera presentarse una sublevación popular, tal como había ocurrido en la ciudad de Maracaibo (Mollien, 1944, p. 264).

El 3 de diciembre de 1823, el obispo entregó 1.200 pesos al rector Grueso, con el fin de garantizar un auxilio mensual a los catedráticos y a los estudiantes, además de otra clase de gastos como la compra de las velas de los faroles (Vargas, 1945, p. 379). Hacia finales del año siguiente, dos cátedras se hallaban abiertas en el Colegio: la de gramática y la de filosofía (Hamilton, 1955, p. 55).

Igualmente, en 1825, cuando apenas cumplía tres años de haberse instalado, el Colegio de Antioquia



presentaba un panorama económico desolador. Por tal motivo, el Gobernador Rafael Urdaneta no tuvo más remedio que recurrir a recortes en el gasto, y también decidió que por algún tiempo no se proveyeran los puestos de pasante y capellán. Entre tanto, el Secretario del interior, José Manuel Restrepo, exhortó al obispo Jiménez de Enciso para que cediese todo o parte de lo que le correspondía al Seminario conciliar de la provincia de Antioquia, para destinarlo a la educación pública. En atención a esta inquietud, el prelado respondió positivamente, comprometiéndose a entregar 300 pesos cada año, recursos que saldrían de los diezmos de la provincia. Con miras a lograr la reactivación económica de la Institución, el Gobierno nacional instó al Gobernador para que prestara los auxilios legales, y al rector para que agilizara los trámites de los recursos provenientes de las capellanías (Robledo, 1923, pp. 33-36).

Lo ceremonial como instrumento político

En el marco del proceso de independencia, españoles y patriotas recurrieron frecuentemente a las celebraciones políticas como espacios de reafirmación simbólica y para ratificar las lealtades en medio de una intensa confrontación ideológica y acérrimos antagonismos políticos. Estos eventos hacían parte del proceso de legitimidad política y como fórmula para sentar las bases de la estructura política reinante (Pita, 2012, pp. 178-200). Eventualmente, las celebraciones también se pudieron percibir como instrumentos de propaganda y persuasión política; pero, además, como mecanismos de intimidación ante la fuerza de las convicciones y de los ánimos allí desplegados. La idea, entonces, era procurar que incluso hasta los enemigos más acérrimos se contagiaran del entusiasmo palpado en las ceremonias.

De la misma forma, las ceremonias religiosas llevadas a cabo durante estos eventos, entrañaban un trasfondo político en el propósito por afianzar las adhesiones. Además de la habitual bendición y ayuda divina, se pretendía, a través de los sermones, infundir en los habitantes los principios rectores del sistema político y llenarlos de razones sobre los nefastos desatinos e injusticias de los adversarios. Destacada fue la labor adelantada por el obispo Jiménez de Enciso en este tipo de actos rituales

llevados a cabo en diferentes escenarios y localidades. Aunque el prelado experimentó un dramático cambio en sus convicciones políticas, nunca dejó de imprimirle pasión a las celebraciones.

Una de las últimas solemnidades ocurridas en territorio neogranadino en honor a la familia Real, tuvo lugar en mayo de 1819, dos meses antes de la batalla de Boyacá, cuando se anunció a los vasallos el pésame que embargaba al Imperio español a raíz del fallecimiento de la Reina María Isabel de Braganza. Se ordenó expresar el dolor por este acontecimiento, con dobles de campanas durante nueve días en todas las iglesias conventuales y parroquiales. El 11 de julio la ciudad de Popayán se unió a estas honras con un acto realizado en la iglesia de San Francisco, en donde se construyó un túmulo rodeado de un sentido epitafio y con varios sonetos y figuras alegóricas al triste acontecimiento que enlutaba a la casa monárquica (Aragón, 1941, p. 106).

A las once de la mañana, bajo el tañido de las campanas de todas las iglesias, se dieron cita en el Templo vicedatedral, el obispo Jiménez de Enciso, los dignatarios del Colegio Seminario y de las congregaciones religiosas, el clero secular y el ayuntamiento, quienes se dirigieron hasta la iglesia de San Francisco. Allí el Provisor y Vicario general don José María Grueso pronunció la oración fúnebre, se cantaron cinco responsos y finalizó la ceremonia con salvas funerales de los granaderos del primer batallón de *Numancia*. El Gobernador de Popayán don Pedro Domínguez impartió instrucciones al cabildo de Pasto para que también se cumplieran en esta ciudad los homenajes póstumos (Archivo Histórico de Pasto, Fondo Cabildo de Pasto, caja 10, tomo 7, ff. 133r-141r).

Alentar a las tropas después de haber ganado un combate era, en momentos de guerra, más una necesidad que una amable cortesía. Con el tiempo, los ejércitos empezaron a sentir los fragores y el desgaste del conflicto y, en este contexto, una sorpresiva manifestación popular podía significar un invaluable apoyo para levantar los ánimos ante las continuas bajas, las enfermedades y el progresivo fenómeno de la desertión que día a día carcomía implacablemente a las fuerzas militares en cam-



pañá. Este tipo de bienvenidas eran oportunidades propicias para el contacto directo entre el pueblo y los combatientes, unidos bajo un vínculo de hermandad e identidad política y, al mismo tiempo, para expresarle a la tropa sentimientos de gratitud y brindarle todo tipo de auxilios y atenciones que fueron cruciales para seguir en firme la lucha militar.

Tras la derrota sufrida por los realistas el 7 de agosto de 1819 en la batalla de Boyacá, la tercera división del ejército comandada por el coronel Sebastián de la Calzada, partió en retirada hacia el sur, y sus cerca de 2.000 hombres eran esperados en Popayán, en donde se tenía proyectado fortalecer este cuerpo. Luego de ser difundida la noticia de la inminente llegada de estas tropas, por orden del obispo Jiménez de Enciso, el 27 de agosto el palacio episcopal se colmó de pobladores simpatizantes que se unieron a otros para expresar en las calles su apoyo y solidaridad con la causa monárquica, disparando cohetes y gritando vivas al Rey (Ortíz, 1964, p. 123).

Así pues, Calzada y sus hombres arribaron a Popayán a principios de septiembre en medio del aplauso general; pero, al poco tiempo debieron retirarse a la aliada Pasto, ante la falta de armas y pie de fuerza para hacer frente a los hostigamientos lanzados desde el Valle del Cauca. En los últimos días de enero de 1820, las tropas de Calzada, mejor fortalecidas y equipadas, pudieron retomar a Popayán y fueron recibidas con júbilo por la mayor parte de sus habitantes. El día en que regresó el obispo, las gentes también salieron a recibirlo a una legua de distancia de la ciudad para tributarle al líder espiritual demostraciones de aprecio y reafirmando los sentimientos de apego al sistema monárquico.

También fue común que los ejércitos y las batallas se encomendaran a algún santo patrono o a otra figura católica como fórmula de protección divina. A mediados de 1820, el Cabildo de la ciudad de Pasto, el obispo de Popayán y varias personalidades políticas y militares de la provincia, dictaron un bando mediante el cual se implementaban medidas preventivas ante el estado de indefensión en que se hallaban por los avances y los ataques propinados por los enemigos del Rey. En materia militar, se ordenó un reclutamiento masivo para formar dos batallones.

Adicionalmente, con miras a implorar el auxilio divino, se mandó traer en procesión las imágenes milagrosas de Jesús del Río y de Nuestra Señora de las Mercedes, depositadas en la Iglesia mayor de la ciudad de Pasto, a las cuales se les dedicó una novena, y la prédica diaria quedó a cargo de las comunidades eclesíásticas; el último día se organizó una función solemne cuya homilía corrió por cuenta del obispo Jiménez de Enciso (Ortíz, 1964, p. 224-225).

En el mismo sentido, tan pronto alcanzaron el poder político, los republicanos procuraron ganar legitimidad recurriendo al apoyo del estamento eclesíástico y a todo su despliegue ceremonial y discursivo. Para ello, proclamaron las naturales coincidencias entre el sistema americano y el cristianismo y, asimismo, impulsaron una campaña anti-española que pretendía menoscabar el régimen político monárquico, articulando el terror vivido durante el período de reconquista con la destrucción y opresión impuesta por espacio de tres siglos de dominio colonial (Rey-Márquez, 2010, pp. 9-15).

Una de las batallas cruciales en la lucha emancipadora, tuvo lugar en el puente de Boyacá el 7 de agosto de 1819, la que dio lugar a la primera gran celebración que concitó el ánimo de los patriotas durante la segunda fase republicana. Este acontecimiento implicó la toma del poder central en Santa Fe y el comienzo de la expulsión definitiva de los españoles en el resto del territorio. Después de esta victoria, cada vez que las tropas republicanas entraban a una población, eran objeto de homenajes y reconocimientos; no obstante, distinta fue la reacción en aquellas zonas que habían mostrado cierta repulsión a la causa de la emancipación. Eso fue precisamente lo que experimentó el general Simón Bolívar cuando, el 8 de junio de 1822, entró a la rendida ciudad de Pasto, tras haberse firmado la capitulación. En esta ocasión, las derrotadas huestes españolas al mando del coronel Basilio García, le rindieron honores militares; igualmente, en una esquina de la plaza lo esperaba, bajo su palio, el obispo Jiménez de Enciso, quien para el momento fungía ya con un ánimo más conciliador. El polémico prelado no sólo purificó a Bolívar con incienso "conforme se hace con las personas que tienen honores Reales" (González,



2012, p. 185), sino que además lo acompañó hasta la iglesia donde se cantó el Tedeum.

Según los relatos escritos, el pueblo se acercó a presenciar aquel solemne acto; pero se dispersó tan pronto se percató del arribo de la vanguardia del ejército republicano. El mismo García desconfiaba de la prevenida actitud de los pastusos y, por ello, le hizo saber a Bolívar el peligro que había corrido al realizar su entrada victoriosa a la ciudad, rodeado únicamente de su Estado Mayor. En respuesta a estas inquietudes, se impartieron órdenes al general patriota Bartolomé Salom, para que reforzara las medidas de seguridad con el fin de evitar cualquier acto de violencia (Londoño, 2009, pp. 327-328).

En agosto de 1822, a tan solo pocas semanas de su evolución política, el obispo Jiménez de Enciso vio en la celebración del tercer aniversario de la Batalla de Boyacá, una ocasión propicia para reiterar su intención de hacer parte de las filas patrióticas. Era esta la primera vez que la ciudad de Popayán rendía homenaje a aquella victoria militar. Así entonces, a las ocho y media de la mañana de ese 7 de agosto, salió la tropa de guarnición de esta plaza y se formó en riguroso orden desde la Iglesia catedral hasta la casa del intendente del Cauca. En la residencia de este jefe provincial, se congregaron previamente el obispo, los integrantes del cabildo y la oficialidad del ejército. De allí salieron en fila hasta la Catedral, cubriendo la marcha un piquete de guías. Se ofició, en este recinto sagrado, una misa solemne y el prelado pronunció, con base en la épica histórica romana y en pasajes bíblicos, una oración alusiva a la memorable victoria con constantes loas al general Simón Bolívar, de la siguiente manera:

En Boyacá terminó la campaña que fijó para siempre la suerte de estos países; campaña digna de nuestra admiración y asombro por la rapidez con que se hizo, por los obstáculos insuperables que en ella se vencieron y por la multitud de circunstancias que en ella intervinieron. Convengamos pues que la victoria de Boyacá fue gloriosa para Colombia por el modo con que se ganó y que ella es uno de aquellos sucesos misteriosos escondidos a la débil razón del hombre; pero que al mismo tiempo se deja conocer muy bien que ella ha sido dirigida por una providencia infinita

que todo lo ordena para su mayor gloria, no menos que para nuestra verdadera felicidad. (1822, p. 8).

En efecto, realizó un análisis detallado de las consecuencias que había traído esta batalla como la más gloriosa y benéfica: la reconquista militar definitiva de todo el territorio, la reunión del Congreso de la República y la formación de las leyes fundamentales del Estado bajo las premisas de libertad e igualdad, el impulso al progreso de las ciencias y de la economía, y, principalmente, el haber traído la paz, la unión, el perdón y la reconciliación de los colombianos. Lo curioso del sermón es que se pueden entrever algunas expresiones que dan cuenta de la transición en el cambio del discurso político. Las ceremonias religiosas culminaron con un Tedeum de acción de gracias, todo esto en medio de salvas de artillería y descargas de la infantería, según los parámetros fijados por las Ordenanzas.

A las doce del día tuvo lugar una comida cívica en honor a 40 soldados que habían estado presentes en aquel memorable combate. Los nobles de la ciudad, la oficialidad en pleno y el Intendente se dedicaron a servir y a atender esmeradamente a aquel grupo de soldados homenajeados con un exquisito banquete. Varios brindis sonaron esa tarde en honor al Presidente Simón Bolívar, al Vicepresidente Santander y a los bravos lanceros de los llanos del Casanare.

Finalmente, concluido el acto, las mencionadas autoridades junto con varios ciudadanos ilustres salieron hasta el río Cauca y, en inmediaciones del segundo arco del puente, dieron inicio a un convite cívico en donde reinó el entusiasmo en medio de brindis, música instrumental y canciones patrióticas a cargo del cura José María Grueso. Al llegar la noche, en la casa del Intendente se organizó un baile donde fue servida una mesa de refrescos cubierta con los sabores más exquisitos de la región. De este modo culminó el que fue catalogado por los payaneses asistentes como uno de los días más placenteros tras largos años de guerra y desolación (Correo de la ciudad de Bogotá, 1822, p. 548).

Dentro del listado de fiestas patrióticas, es inevitable traer a colación aquellas que tenían como propósito alabar a las máximas figuras políticas y



militares de la naciente época republicana. Con motivo del día de San Simón, en honor al santo patrono del libertador Simón Bolívar, el 28 de octubre de 1822 se llevó a cabo en la ciudad de Popayán, una emotiva celebración. A las nueve de la mañana, todas las corporaciones se movilizaron hasta la Iglesia catedral; allí el obispo Jiménez de Enciso ofició una solemne misa de acción de gracias en la que pontificó un sermón alusivo a la existencia de dos tipos de heroísmo: el religioso representado en la vida y sacrificios de San Simón a través de su labor evangélica adelantada en África, Persia y Gran Bretaña y, por otro lado, el heroísmo profano personificado en la gesta heroica del general Bolívar a través de su prolífica trayectoria de servicio a la Patria.

Este elocuente sermón, elogiado por muchos, fue enviado a Bogotá al Vicepresidente Santander para que fuera publicado, pues en Popayán la imprenta era incipiente. Al término de la misa se cantó un Tedeum y, después, todas las corporaciones visitaron la casa del Intendente donde lanzaron arengas en honor al homenajeado. El comandante general dispuso además que un centenar de hombres de la guarnición se formaran en la portada del templo y resonaran cuatro descargas acompañadas de un tiro de cañón. En la tarde se desarrolló una corrida de toros y al ponerse el sol se repitieron las mismas salvas militares, se iluminó la ciudad y, al cierre de la celebración, el coronel Alaix ofreció un *magnífico* fresco en su residencia (Cortázar, 1969, p. 408).

Más tarde, en 1825, el prelado aparece nuevamente presidiendo ceremonias políticas, esta vez con ocasión de uno de los últimos triunfos del proyecto emancipador del Presidente Simón Bolívar en el sur del continente. Gracias a los relatos del militar y funcionario Manuel José Castrillón, se conocen los detalles del liderazgo asumido por aquel jerarca de la Iglesia en las celebraciones de las victorias obtenidas en las batallas de Junín y Ayacucho:

Con este motivo se festejó aquel triunfo con fiestas tan espléndidas, que no se habían visto antes, ni podría haber otras que las igualaran. Todos, patriotas y realistas, se reunieron a solemnizarlas, sobresaliendo entre todos el ilustrísimo Sr. obispo don Salvador Jiménez, que capitaneó y costó los de un día, que

fue la más solemne, sin omitir nada para su lucimiento. Él anduvo a caballo con todos los clérigos, salió a la plaza, vitoreó con sinceridad y entusiasmo por la paz y el triunfo de la Independencia y por todas las conquistas de ella. Regaba plata con profusión y generosidad. (Castrillón, 1971, pp. 23-24)

Paradójicamente, el controvertido prelado fungía ahora como conciliador de los partidos que dividían al gobierno provincial.

A principios de 1826 se reconfirmó al general Santander en su cargo como vicepresidente de la República. En distintas latitudes del territorio nacional surgieron expresiones espontáneas de júbilo por esta decisión. En Popayán, el obispo ordenó repique general de campanas, y para el domingo 9 de abril dispuso celebrar con la preparación de un pavo con *cuarenta cubiertos*, en una de las estancias aledañas a la ciudad. Para el convite se adornó de manera especial el recinto con los cuadros del general Bolívar y del general Santander en medio de brindis y de los versos declamados por el cura José María Grueso, composiciones que luego fueron enviadas a Bogotá como fiel testimonio del homenaje tributado (Cortázar, 1969, p. 426).

Las tradicionales celebraciones religiosas eran también una ocasión propicia para renovar el apego al nuevo sistema republicano. El obispo lideró las celebraciones del octavario del *Corpus*, en las cuales realizó varias prédicas delante de un numeroso concurso de gentes, para considerar que había cumplido con su deber "exhortando todas las noches a la obediencia y sumisión al gobierno y que pidan por su felicidad y acierto" (Archivo de Santander, 1916, p. 249).

PARA CONCLUIR

Se puede considerar que una de las figuras eclesiásticas más controvertidas en la historia de las guerras de independencia, fue el Obispo de Popayán don Salvador Jiménez de Enciso, el último de los obispos españoles en territorio colombiano. Clave fue su intermediación para incluir dentro del proyecto republicano al último bastión del realismo: la ciudad



de Pasto. Su protagonismo fue evidente por cuanto actuó en constante coordinación con las autoridades civiles y militares.

Se mostró como un hombre de férreas convicciones que, bajo una postura pragmática, supo hacer lectura de cada coyuntura política y militar, adaptándose a las circunstancias y manteniéndose como figura descolante en esta crucial etapa de transición en la historia de Colombia. En momentos claves fue un gran componedor y conciliador, con lo cual se evitó más efusión de sangre en esta lucha independentista que llevaba más de una década de acciones ininterrumpidas.

La mayoría de obispos de estas nacientes repúblicas americanas, abandonaron sus mitras para retornar a Europa, lo cual trajo serios traumatismos a la labor pastoral. Por ello, el caso del obispo Jiménez de Enciso muestra a todas luces la firme intención de conservar la protección espiritual del pueblo aun por encima de todas las disensiones políticas. Esa permanencia del prelado malagueño y de otros más como Lasso de la Vega, fue valiosa para los posteriores contactos y reconocimientos de la Santa Sede a la independencia alcanzada, así como también para la normalización del cuadro jerárquico de la Iglesia católica en la naciente República, con los nombramientos de los arzobispos de Bogotá y Caracas en 1827 (Tisnés, 1972, p. 186).

Después de superada la etapa independentista, Salvador Jiménez de Enciso siguió teniendo un rol destacado en el contexto regional. Apoyó a quienes combatían contra el general Rafael Urdaneta en 1831, y años más tarde hizo esfuerzos con miras a evitar la revolución de 1840 (Bueno y Ortiz, 1945, p. 409). Su fallecimiento ocurrió en la ciudad de Popayán el 13 de febrero de 1841, igual a su muerte fue objeto de grandes homenajes.

Si bien durante el periodo de las guerras de independencia, el estamento eclesiástico había experimentado una situación de debilitamiento, confusión y divisiones internas, esto hacía parte del proceso de reacomodamiento a las nuevas circunstancias políticas y sociales. En realidad, lo que queda en evidencia es que siguió proyectando su

gran poder sobre la sociedad. Es precisamente en la provincia de Popayán donde mejor puede advertirse la fuerte influencia del clero y de su representante diocesano en el devenir histórico de estos convulsionados territorios.

REFERENCIAS

Fuentes primarias

Archivos

Archivo Histórico de Pasto (AHP). Fondo Cabildo de Pasto. Pasto.

Archivo General de la Nación (AGN). Fondo Libros manuscritos y leyes originales de Colombia. Bogotá.

Biblioteca Nacional de Colombia (BNC). Fondo Quijano. Bogotá.

Fuentes publicadas

Archivo de Santander. (1916). *Documentos* (tomos IX-X). Bogotá: Águila Negra Editorial.

Caballero, J. M. (1946). *Particularidades de Santa Fe*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Cartas Santander-Bolívar 1820-1822. (1988). *Cartas* (tomo III). Bogotá: Biblioteca de la Presidencia de la República.

Castrillón Arboleda, D. (1971). *Manuel José Castrillón. Biografía y memorias* (tomo II). Bogotá: Biblioteca Banco Popular.

Correo de la ciudad de Bogotá. (1822). Bogotá: Imprenta del Estado por Nicomedes Lora.

Cortázar, R. (comp.). (1969). *Correspondencia dirigida al General Santander* (vol. VI). Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Gaceta de Colombia. (16 de marzo, 1823). Bogotá: Imprenta de Espinosa.



Gazeta de Santafé de Bogotá. (21 de noviembre, 1819). Santafé de Bogotá: Imprenta del Estado por el C. Manuel Galagarza y Ricaurte.

Groot, J. M. (1870). *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada* (tomo III). Bogotá: Imprenta i esterotipia de Medardo Rivas.

Hamilton, J. P. (1955). *Viajes por el interior de las provincias de Colombia* (tomo II). Bogotá: Banco de la República.

Jiménez de Enciso, S. (1818). *Carta pastoral que el ilustrísimo S. D. D. Salvador Ximenez de Enciso y Cobos Padilla por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica dirige a su ingreso*. Popayán: En la Imprenta del Gobierno.

Jiménez de Enciso, S. (1820). *Carta Pastoral que el Ilustrísimo Señor Obispo de Popayán dirige a sus diocesanos*. Lima: En la Oficina de Ruíz.

Jiménez de Enciso, S. (1822). *Sermón de acción de gracias que en el aniversario de la gloriosa acción de Boyacá predicó en su santa iglesia catedral el ilustrísimo Señor Obispo de Popayán Dr. Salvador Ximenes de Enciso*. Bogotá: Imprenta del Estado por Nicomedes Lora.

Lecuna, V. (1965). *Cartas del Libertador* (tomo III). Caracas: Banco de Venezuela.

Mollien, G. T. (1944). *Viaje por la República de Colombia en 1823*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.

Ortiz, S. E. (1964). *Colección de documentos para la historia de Colombia (Época de la Independencia)* (tomo I). Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Restrepo, J. M. (2009). *Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional* (5ª ed., tomo II). Medellín: Universidad de Antioquia-Universidad Nacional.

Fuentes secundarias

Aragón, A. (1941). *Fastos payaneses* (tomo II). Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

Bueno, M. A., & Ortiz, J. B. (1945). *Historia de la Diócesis de Popayán*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

García Herrera, G. (1961). *Un Obispo en la historia. El Obispo de Popayán don Salvador Ximénez de Enciso*. Málaga: Caja de Ahorros Provincial de Málaga.

González Pérez, M. (2012). *Ceremoniales, fiestas y nación. Bogotá: un escenario*. Bogotá: Intercultura.

González, F. (1985). *Iglesia y Estado en Colombia durante el siglo XIX (1820-1860)*. Bogotá: CINEP.

Londoño Botero, E. (2009). *Bolívar, paso a paso. Su tiempo, el hombre, el pensador, el Libertador* (tomo II). Manizales: Universidad Católica de Manizales.

Martínez Delgado, L. (1974). *Popayán, ciudad procerca*. Bogotá: Editorial Kelly.

Ocampo López, J. (2010). *El cura Juan Fernández de Sotomayor y Picón y los catecismos de la Independencia*. Bogotá: Editorial de la Universidad del Rosario.

Ortiz, S. E. (1958). *Agustín Agualongo y su tiempo*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.

Pita Pico, R. (julio-diciembre, 2012). La función política de las celebraciones públicas durante el proceso de Independencia de Colombia: en la búsqueda de la legitimidad y la lealtad. *Revista Historia y Sociedad*, 23, 175-205.

Pita Pico, R. (julio-diciembre, 2015). Realidades y desafíos de la financiación de los colegios públicos en los primeros años de vida republicana en Colombia, 1819-1828. *Revista Mexicana de Historia de la Educación*, 3(6), 181-206.



- Plata, W. E. (julio-diciembre, 2009). Un acercamiento a la participación del clero en la lucha por la Independencia de Santafé y la Nueva Granada. *Fronteras de la Historia*, 14(2), 282-313.
- Rey-Márquez, J. R. (2010). Nacionalismos aparte: antecedentes republicanos de la iconografía nacional. En Museo Nacional de Colombia (Ed.), *Las historias de un grito. Doscientos años de ser colombianos. Exposición conmemorativa del Bicentenario* (pp. 9-15). Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robledo, E. (1923). *La Universidad de Antioquia 1822-1922*. Medellín: Imprenta Oficial.
- Tisnés, R. M. (1971). El clero y la Independencia en Santafé (1810-1815). En Academia Colombiana de Historia (Ed.), *Historia Extensa de Colombia* (Vol. XIII, tomo 4). Bogotá: Ediciones Lerner.
- Tisnés, R. M. (1972). Jiménez de Enciso: prelado republicano. *Revista Universidad Católica Boliviana*, 23(114-115), p. 169-190.
- Tovar Pinzón, H. (1983). Guerras de opinión y represión en Colombia durante la Independencia (1810-1820). *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 11, 87-232.
- Valencia Llano, A. (2009). El criollismo caleño y la independencia de la Gobernación de Popayán. *Cuadernos Americanos*, 128, 55-74.
- Vargas Sáez, P. (1945). *Historia del Real Colegio Seminario de San Francisco de Asís de Popayán*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.